

Sobre Giulia

ROSA ROSSI

La primera razón por la que la personalidad intelectual de Giulia, en los primeros tiempos de su traslado a Barcelona, quedó como oscurecida y oculta, reside en que se encontró en la gravosa condición de esposa de un comunista clandestino en la España franquista, condición que para ella, que a su vez era una comunista militante, era particularmente comprometida.

La segunda razón estaba justamente en la particular historia intelectual de Giulia: convertida en militante comunista ya a los quince años, en los arduos años cuarenta de la vida política napolitana, entró como becaria —entretanto Giulia desarrollaba estudios intensos y fructíferos como hispanista en la Universidad, con un maestro como Salvatore Battaglia— en el Istituto Italiano per gli Studi Storici creado y hasta cierto punto dirigido por Benedetto Croce. El Istituto pretendía formar —al margen de todo prejuicio ideológico— un grupo de estudiosos capaces de afrontar en la universidad y en la sociedad la pesada tarea de comprometerse por una cultura laica y liberal. ‘Liberal’ no en el sentido estrecho y partidista del término sino tal como lo había entendido Benedetto Croce, quien —vale la pena recordarlo— fue uno de los más constantes enemigos del fascismo.

Esa historia cultural —que en Italia estaba destinada a tener mucho seguimiento y gran impacto— no podía dejar de resultar extraña, difícilmente explicable, en un ambiente como aquel en que Giulia se encontró en España, dominado en cambio por un intenso debate sobre el marxismo como teoría revolucionaria y en todo caso como punto de referencia de la cultura del PCE español.

La profunda discreción de Giulia, discreción que llegaba hasta borrarse a sí misma, no nos ha dejado huellas de aquel aislamiento ni del malestar que

puede haberle costado. Pero esa historia intelectual está ahí para explicar la autonomía y el aguante de Giulia en todas las vicisitudes del PCE español en que se halló coimplicada.

El Istituto Italiano per gli Studi Storici era una institución absolutamente elitista, típica de los momentos en que la burguesía se daba cuenta, en aquellos años, de que tras el paréntesis fascista necesitaba activar la investigación en todos los campos si no quería dejar al país entero en un atraso torpe. Y que necesitaba activar una investigación «libre», y por tanto abierta en primer lugar a quienes en el plano político inmediato se situaban como antagonistas respecto del sistema dominante, pero que no sólo habían colaborado en la redacción de la Carta constitucional sino que habían abierto en su interior una dialéctica viva entre política y cultura en la que dominaba, aunque fuera entre mil contradicciones, el principio de la libertad de la investigación. Sobre todo en el campo de la historia, conscientes como eran todos de que ahí se jugaba la carta de la formación de las nuevas generaciones y de la construcción de un *background* riguroso y crítico para el desarrollo de la recién nacida República.

Yo, que frecuenté el Istituto cuando todavía estaba Giulia en él, recuerdo un encendido debate entre el director del Istituto, Federico Chabod, que venía de la experiencia resistencial de *Giustizia e Libertà*, una «tercera fuerza» seriamente comprometida y de gran coherencia ética y política, y un alumno, joven estudioso comunista, a propósito de los principios de 1789, que Chabod sostenía como absolutos mientras que el joven comunista defendía su relatividad.

Es una auténtica pena que Giulia ya no esté aquí para hablarnos de eso, ahora que estos temas han recuperado una extraordinaria actualidad, y para decirnos cómo consiguió componer experiencias tan diversas en la elegancia y la discreción con que participaba en la historia española desde finales de los años cincuenta.

No soy partidaria de las largas supervivencias que a veces se transforman en una pesadilla para todos, pero protesto por esas muertes precoces que se llevan consigo ese legado de memoria y de consciencia del que tanta necesidad tenemos.

Traducción del italiano: JRC